

sonsoles rey
con mercedes funes

de
nuevo
sale
el sol

tres trasplantes,
mil vidas y cómo
transformar la espera
en agradecimiento

 Planeta

sonsoles rey
con mercedes funes

de
nuevo
sale
el sol

tres trasplantes,
mil vidas y cómo
transformar la espera
en agradecimiento

 Planeta

INTRODUCCIÓN

Las vidas de Sonsoles



A los 6 años, en la playa.

Por Mercedes Funes

Me acordaba de una foto que en la revista en la que trabajaba entonces editamos a doble página: ella en la playa, al atardecer, de la mano de su hijito, una postal perfecta de su vida recuperada. En la volanta decía que era Sonsoles Rey, pero ahora tenía una identidad nueva y pública, ahora era otra cosa, un símbolo: era la chica a la que Sandra Mihanovich le había donado en vida un riñón.

Era 2012 y su historia conmovió a los argentinos, pero, sobre todo, sacudió conciencias y cambió puntos de vista. Sonsoles era una mujer joven, la mamá de un bebito, una chica linda y sonriente que estaba viva para esa foto perfecta gracias a que otra mujer conocida y querida por todos le había dado un órgano tras una intervención relativamente simple. Y Sandra también sonreía –impecable y sanísima– frente a las cámaras. Sonsoles y Sandra hicieron pedagogía práctica en la radio, la televisión y las revistas, y la frase de la cantante (“Cuando uno da, recibe mucho más de lo que da”) se volvió viral.

Se abrió un juego diferente en la historia de la donación en el país. Sonsoles era la ahijada de Sandra y la hija de Marita, su pareja, pero no había relación sanguínea entre ellas: para el público masivo eso significaba correr el velo de oscuridad y mitos urbanos que durante décadas había rodeado al tema de los trasplantes, y también entender que había otras posibilidades para los que esperaban, que algunos órganos podían donarse en vida sin afectar la salud del donante. Cinco años más tarde, en 2018, las dos estuvieron ahí para apoyar la sanción de la Ley Justina (27.447), que, entre otras cosas, regula los trasplantes de donantes vivos.

En el verano de 2023, mi amigo Aki Tejerina volvió a hablarme de Sonsoles. Me contó que Guada del Hoyo, su novia, la había conocido en un retiro de meditación del gurú de la neurociencia Joe Dispenza, en Buenos Aires; que otra vez estaba esperando un trasplante de riñón, y que tanto Guada como él estaban dispuestos a donarle los suyos si eran compatibles. Le dije —desde la ignorancia— lo que después muchos entrevistados me contaron que les habían dicho en sus familias y entornos más cercanos cuando se enteraron de que se habían ofrecido como potenciales donantes: “¿Estás seguro? ¡Casi ni la conocés! ¡Mirá si llegás a necesitarlo vos después!”. La verdad es que Sonsoles y Aki se conocieron solo después del test —que dio negativo— y que se hicieron amigos inmediatamente: ya habían compartido mucho más para entonces que con gente a la que conocían desde siempre.

Pasó poco tiempo para que Aki nos pusiera en contacto: Sonsoles quería contar su historia, tenía la necesidad

imperiosa de hacerlo. Me la presentó como “la Mick Jagger del trasplante” y tuvimos una primera charla telefónica que fue suficiente para elegirnos. Enseguida nos sentimos unidas por muchas cosas: tenemos la misma edad, somos madres separadas de únicos hijos varones que son y fueron la razón para quedarnos, empezamos de nuevo muchas veces, y maneja el humor como escudo y bandera frente a las cartas buenas y malas que nos tocaron.

Cuando la visité en su casa, la vi haciendo las mismas actividades que comparte a diario en su cuenta de Instagram –bailar, darle tutucas a los cisnes que, en cuanto la ven, apuran el paso para alcanzarla; saludar a los pajaritos que toman agua en el bebedero de su jardín, o encender las velas de su altar–, pero sin el filtro de la mariposa que usa en las historias. Descubrí rápido algo que me había dicho Guada: fuera de las redes, Sonsoles no tiene filtros. La conocés al toque, es fácil para entrarle a la gente cuando quiere. No es solo que tiene una simpatía arrolladora, sino que se abre con una confianza natural, como si uno ya fuera parte de su vida desde siempre. De todas sus vidas.

Y es que las vidas de Sonsoles podrían ser tres, cuatro, siete o mil. La de la chica sana, rubia y perfecta que fue hasta los 16 años, cuando tuvo los primeros indicios de que algo en su cuerpo no funcionaba bien. La de la adolescente descarriada y decidida a quemar todos los cartuchos de una máquina fallada que se negó a ver como una limitación. La de la que recibió el primer riñón de un donante anónimo casi sin esperanzas y ganó diez años de ilusión. La de la mujer

que eligió tener un hijo contra todas las recomendaciones médicas y, después de la felicidad más grande, entró en lista de espera por otro riñón. La vida de la que aceptó que su nueva donante fuera la mujer de su madre, a la que conocía y quería como su madrina, y que enfrentó la mediatización de su historia solidaria porque esa donante era una cantante famosa. La de la que le advirtió a esa mujer que no estaba dispuesta a agradecerle cada día y sintió que honrar su órgano era sacarle otra vez el jugo a la vida. La de la que respira y medita para encontrarse con la existencia libre de enfermedad que transita en otro plano. La de la que prefiere consolar a sus amigas por cualquier problema menor antes que llorar por su desgracia particular. La de la que convenció a su nefrólogo para que le disimulara el catéter de la diálisis con un corte prolijo bajo la axila, imperceptible cuando se viste con tops y cárdigans. La vida de la que, cuando necesitó otro trasplante, a los 45 años y con un hijo de doce, conmovió a diez personas —algunas públicas y otras desconocidas hasta por ella—, que se ofrecieron como donantes. La de la que espera en paz y convencida de que esta vez va a salir bien de nuevo, porque, después de todo, tiene siete o mil vidas y todavía le quedan muchas por delante.

Estar frente a una mujer como ella, con la que me resulta tan fácil empatizar pero que a la vez tiene problemas mucho más concretos y limitantes que la mayoría, me puso ante preguntas que tratamos de responder al contar juntas su historia. ¿Cómo se vive cuando nos mueven la luz y la energía, pero el cuerpo no acompaña? ¿Cómo se naturalizan

las rutinas dolorosas y el limbo de hacer diálisis tres veces por semana, en un tiempo suspendido y adverso? ¿Cómo se ama cuando se necesita tanto aferrarse a algo? ¿Cómo es el sexo cuando el cuerpo está enfermo, pero necesita sentir para sanarse? ¿Cómo se es madre, amiga, hija, hermana, cuando la salud atraviesa las relaciones? ¿Por qué alentar a otros a estar bien y bailar y mostrar solo lo bueno de un cotidiano que a veces también es horrible?

Este libro de memorias está pensado como un doble juego: por un lado, el diario de una mujer con una enfermedad crónica y de la pulsión de vivir con libertad aunque haya que empezar siempre de nuevo; también, un registro de la solidaridad, las enseñanzas y los dolores que trascienden lo físico. Por otro, una mirada que se completa con la palabra de su familia, sus amigos, sus médicos, sus exparejas, sus guías espirituales y las personas que se ofrecieron como donantes. Son perspectivas distintas que ponen sobre la mesa lo increíble de Sonsoles, una resiliencia de tres décadas que no tiene más explicación médica que la determinación profunda y admirable de negarse a ser una víctima.

Febrero de 2024